

POESÍA DE AMÉRICA. Año II, Núm. 5, enero-febrero de 1954. México.

Este último número de "Poesía de América" está dedicado íntegramente a la poesía de César Vallejo, incluyendo una antología de sus libros "Los heraldos negros", "Trilce", "Poemas humanos" y "España, aparte de mí este cáliz", un estudio previo de Gustavo Valcárcel, "Algunos apuntes sobre la poesía de César Vallejo", y el análisis de "Un soneto de César Vallejo" (Intensidad y Altura) por Alfredo Cardona Peña. Del mismo modo que había hecho la Revista Hispánica Moderna con el libro sobre Antonio Machado, el producto de cuya venta se destinaba a los hermanos del poeta español, el producido por la venta de este número de la revista "Poesía de América" será enviado a

Este proceso afirmativo, inmediatamente posterior a la muerte del poeta, comienza con las dos ediciones póstumas de su mejor poesía: "Poemas humanos", París 1939, y "España, aparte de mí este cáliz", México 1940; continúa con la excelente antología de Xavier Abril, Buenos Aires, 1942, que durante muchos años —ya que la circulación de las ediciones peruanas es muy reducida— fué la única propagadora de su lírica y la que hizo más prosélitos entre los nuevos lectores, hasta la aparición de la edición de "Poesías Completas". Buenos Aires 1949, con el muy discutible prólogo de César Miró. A ellos cabe agregar el estudio más importante sobre la vida y obra del poeta escrito hasta el presente que debemos a Luis Monguío y que publicara la Revista Hispánica Moderna en el tomo del año 1950. A este material y al numerosísimo conjunto de notas, artículos y ensayos dispersos en toda clase de publicaciones del continente, se agrega ahora esta Antología que reaviva en los lectores americanos la palabra emocionada de Vallejo.

Con Vallejo estamos realmente en una nueva vertiente de la poesía, y a pesar del rastro de las herencias poéticas —la de Darío en los Heraldos, la de Quevedo que ha registrado X. Abril— encontramos en él perfectamente constituidos, un lenguaje, una sintaxis, una personal invención de ritmos, un tono y una temática, claramente contemporáneos. Es por excelencia el innovador, aún más que Neruda, el que ha sabido transplantar la poesía a un nuevo mundo, y por eso, y por la calidad fermental de su lirismo, es quien se proyecta hacia adelante y fertiliza su descendencia. Este Vallejo que vivió en su soledad y angustia de hombre doliente dedicado a la causa de la solidaridad humana, se convierte después de su muerte en el solidario de la experiencia poética de lengua española con idéntica amplitud, con idéntico impulso creador afirmativo.

En él, tal como exigimos hoy del escritor, se dan íntimamente fusionadas la experiencia de vida y la experiencia de poesía, hasta resolverse en una misma expresión, entrañable. No es el caso del teatro de la sinceridad claudelina, sino una autenticidad llana y siempre estremecida, de raigambre española. Para poder confesarse con tal escueta sinceridad, contar el llanto, el sufrimiento, la su-

ciudad, la alegría torpe, ha tenido que operarse previa y simultáneamente un adentramiento nuevo en la esencia de lo humano que transforme de arriba a abajo los criterios aceptados pasivamente por el hombre. Es en este adentramiento donde tocamos la actitud profundamente revolucionaria de Vallejo y sólo teniéndola presente podremos explicarnos su particular expresión poética: su sañuda dicción concentrada, sus violentas antitesis aproximadas con fuerza, su acercamiento a la miseria con temblor doloroso, su rebeldía hiriente, el permanente clamor para salvar la esperanza. La clave de esta nueva visión de lo humano está en la idea de una completa aceptación, como si el poeta quisiera demostrar que, una vez desgarrada



do el velo ilusorio del romanticismo, el hombre que aparece con la pesada carga de toda su miseria debe ser aceptado en su totalidad porque sigue siendo admirable, porque es la sal de la tierra. Como Unamuno, su grito es "¡adentro!", hasta el conocimiento absoluto de este "lóbrego mamífero que se peina" y hasta la aceptación de sus más pudorosos escondrijos. Pero este ensanchamiento de lo humano, que va en el sentido de la historia contemporánea, se sostiene en Vallejo porque lo respalda la experiencia de la caridad hasta el punto que de pronto sentimos en la lectura de sus "Poemas Humanos" que asume el papel de testigo. Voluntariamente quisiera ser el único responsable del dolor que crece en el mundo a "treinta segundos por minuto", y ser el César Vallejo a quien "le pegaban todos sin que él les haga nada".

Esta visión de un hombre más entero, no maquillado por un convencionalismo literario, abarca lo peor y lo mejor del hombre. No olvidemos que sus

Georgette Vallejo.

Doble interés presenta este número de homenaje: uno circunstancial, por el cual dicha revista parece decidirse a adoptar una posición selectiva rigurosa en materia de poesía y a abandonar su anterior criterio de representación taxativa de la poesía americana no sólo en sus buenos ejemplos sino también en los malos, con cansinos poetas y poemas consagrados antaño y ya abandonados, o con los jóvenes "old styles" de todo el continente. Otro interés más general: señala un nuevo hito en la afirmación que en todos los países de habla española se viene haciendo —venimos haciendo— de esta voz poética esencial, rectora de nueva poesía, que innovando decididamente la expresión lírica ha abierto un extenso panorama a las generaciones creadoras.

poemas perdurables están escritos en los años 1937 y 1933 y su materia surge de su penetración con el sagrado heroísmo del pueblo español en armas durante la guerra civil. Esta grandeza viril que un americano, con sangre india, proclama y denuncia desde tierra española, nos está poniendo de manifiesto el definitivo rescate del hombre a través de y con su pequeña miseria, por obra de dos instrumentos: su inseparable solidaridad, su capacidad de sacrificio.

Al asimilar su experiencia poética a su experiencia humana, al buscar su sentido y valor en esta penetración del nuevo hombre, no hacemos sino reiterar un planteamiento que Vallejo estimó definitivo para encarar su lírica. Sólo de un punto de vista estético puede encararse mi obra —había dicho Gilde contesta Vallejo: sólo de un punto de vista humano es posible mirar a mi poesía.

Un albañil cae de un techo.
[muere, y ya no almuerza,
Innovar, luego, el tropo, la
[metafora?
Alguien va en un entierro
[sollozando
Cómo luego ingresar a la
[Academia?

El prólogo de G. Valcárcel con que se abre este número de homenaje a Vallejo, escrito en un tono poético que quizá se explique por el ambiente cultural en que surge, constituye una exaltación del poeta peruano más que un estudio crítico y poco aporta a la elucidación de su obra. Dos observaciones son de rigor: no parece legítimo incluir en un mismo rango a Darío, Lugones y Chocano, ni tildar de "poesía irreal y fofa" la del primero de los nombrados, lo que si por una parte significa desconcierto crítico, por la otra es lisa y llanamente ignorancia de los valores permanentes y humanísticos de su poesía: no parece tampoco legítimo reducir todo el valor de la poesía de Vallejo a una "interpretación poética de lo real" —definición aplicable a centenares de poetas de ayer y hoy— con lo que se pretende hacerle pasar por un escritor realista social, en misión proletaria, olvidando de intento su formación ultrafista, la resonancia espiritual de su poesía y desdeñando la compleja, difícil por momentos, estructura de su lirismo.